



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11082

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
jera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.<sup>o</sup>  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 13 DE OCTUBRE DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorente rue-Ouverture  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## ACADEMIA PREPARATORIA

PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES  
ESTABLECIDA EN EL COLEGIO DE S. ISIDORO

Dirigido por los señores D. Adrián Riestra, comandante de Artillería y Doctor  
en Ciencias Físico-Matemáticas; D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la mis-  
ma facultad; D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, Puer-  
tos y Canales

El curso empieza el 1.<sup>o</sup> de Octubre.

18, Balcones Azules, 18

## CAMINO TRISTE

Los telegramas que se reciben  
de Cuba anuncian que ha comenzado  
el regreso.

¿Qué diferencia entre ese viaje  
y el de ida! Se ansiaba entonces  
llegar para ocupar puesto de ho-  
nor; y si se pensaba alguna vez  
en la vuelta, se pensaba también  
en el recibimiento entusiasta, en  
las coronas de flores, en los ramos  
de laurel, en los agasajos y en los  
vivas.

La suerte no lo ha querido; la  
fuerza bruta aplastó nuestro dere-  
cho y los que pensaron volver  
triunfantes vuelven vencidos, pe-  
ro cargados de razón.

¿Vencidos! No es esa la palabra,  
no hay vencimiento donde no hay  
lucha y la casi totalidad de los  
españoles no ha peleado con los  
yanquis. Lo que hay es que el pa-  
leaque estaba cerrado, circuido de  
agua, aislado del mundo por cin-  
turón de hierro formado por ca-  
dena de buques que impedía el  
acceso de municiones y viveres  
é interrumpía las comunicaciones.

Los primeros que abandonan la  
isla vienen ya. Vienen luchando  
aun, no contra los mambises que  
han sido su pesadilla de tres años,  
ni contra los hijos del tío Sam á  
quienes no han visto nunca, sino  
contra enemigo más artero, más  
cruel y mas traidor: contra las en-  
fermedades.

Los primeros buques de la re-

patriación no son barcos carga-  
dos de tropas como aquéllos que  
salían de España produciendo ex-  
plosiones de entusiasmo; son hos-  
pitales que las olas mecen y que  
dejan caer, de vez en cuando, en el  
fondo del mar, ahora un cadaver y  
luego otro.

Quando esos buques lleguen á  
España debe salir á recibirlos el  
alma nacional. Ella despidió á los  
soldados frenética de júbilo y ella  
debe recibirlos caritativa y cari-  
ñosa, prodigándoles toda clase de  
consuelos y de auxilios.

¿Vuelven vencidos? ¡Pero vuel-  
ven héroes! Mas aun: vuelven mar-  
tires y los que sufren el martirio  
adquieren el derecho á ser glorifi-  
cados. El amor y el deber los arro-  
jó en la lucha y por amor y por  
deber ha de acogerseles con ex-  
tremado cariño, con lujo de aten-  
ciones.

Perdidos en la soledad del mar  
tenebroso que fué testigo de las  
angustias de Colon, navegan unos  
pobres barcos en demanda de las  
nativas playas. Cobijales la bande-  
ra orgullosa de Bailén y de Le-  
panto; besan sus quillas las hir-  
vientes olas que parecen amansa-  
das por el Atlántico para restar  
sufrimientos á los soldados: acom-  
pañales el pensamiento cariñoso  
de las madres y les espera en el  
puerto la santa Caridad para cum-  
plir su hermosa misión.

Camino triste el que siguen esos  
barcos. Tendido entre posesiones  
españolas, circulaba por él la vida  
nacional como circula por la ar-

teria la sangre que va del corazón  
á las extremidades. Amputadas és-  
tas, la sangre se replega á las en-  
trañas. Por eso vienen los solda-  
dados, primero los que padecen  
enfermedades, después los que aun  
conservan un resto de salud. Mu-  
rieron las colonias para España y  
la sangre española refluye al co-  
razón.

Triste viaje el que hacen los sol-  
dados por ese camino que hace  
cuatro centurias nos llevó á descu-  
brir un nuevo mundo, del cual na-  
da nos queda.

## TIJERETAZOS

Nuestro colega de La Unión «El Re-  
nacimiento», se ocupa de los va-  
les.

¿Qué, vuelven á circular los antipa-  
ticos é inmorales papellitos?

Pues apretar de firme, compañero,  
hasta lograr que no encuentren los va-  
les quien les valga.

Valor se necesita para dar va-  
les después de lo pasado.

Ya no hay clases.

Los autores invaden el anillo y los  
diestros se meten por el campo de la  
literatura y asaltan los escenarios.

El picador «Momento» vá á estrenar  
una zarzuela, cuya música será de Maz-  
santini.

De protagonista de la obra, hará Ba-  
dilla.

Y es probable que las mujillas ten-  
gan también que desempeñar algún pa-  
pel.

El de arrastrar al foso la zarzuela.

¡Lo que ingenia la falta de recursos!  
Se ha presentado á las autoridades  
de Madrid un individuo, vallisoletano  
él y ha dicho:

—He matado en mi pueblo á marti-  
llazos á un herrero, compañero mío, y  
he perdido la tranquilidad. Estoy aco-  
sado por los remordimientos y deseo  
que ustedes me detengan.

Las autoridades se quedaron horrori-  
zadas al ver la serenidad del tío y lo  
enviaron á la cárcel.

Después se pusieron en campaña pa-  
ra reconstituir el crimen.

Y resultó de todo ello que el homici-  
da no había matado á nadie, que no  
tenía un cuarto, que necesitaba ir á Va-  
lladolid y que se fingió asesino para  
que lo llevaran por cuenta del Estado.

¡Valiente punto está el vallisoletano  
del martillo!

¡Cuántos habrá por ahí que harían lo  
mismo si no les faltara ingenio!

## GLORIAS NACIONALES

Sorpresa y recuperación de  
Herenthala.

13 de Octubre de 1595.

Vallendose de un ardid tan hábil co-  
mo andas en la madrugada del 12 de  
Octubre de 1595 la guarnición holandesa  
de la plaza de Breda consiguió sorpren-  
der á las tropas españolas que defen-  
dian á Herenthala, y no obstante que  
estas pelearon con heroico arrojo en las  
calles y edificios, disputando á los ho-  
landeses la victoria con heroísmo rayo-  
no en locura, se retiraron abrumadas  
por el número, cediendo el terreno pal-  
mo á palmo, y no sin dejar tendidos so-  
bre él numerosos muertos y heridos de  
uno y otro bando.

Los holandeses, tan luego se vieron  
dueños de la plaza, se entregaron al sa-  
queo y al pillaje, y aprovechado de esto el  
gobernador de Herenthala D. Alonso de  
Luna, que había conseguido haberse  
fuerte en la puerta de Amberes, mandó  
á buscar á las tropas dispersas y á los  
destacamentos de los puestos inmediatos,  
y con la gente que pudo reunir sa-  
yó sobre el entretenido enemigo, al qual  
sorprendió en su faena de saqueo; y tal  
fué la rapidez y la bravura con que los  
españoles le atacaron, que al cabo de  
poco tiempo no quedó en la plaza ni un  
solo holandés con vida, pues el que no  
pudo huir pereció á manos de los nues-  
tros, que en aquella ocasión dieron  
pruebas sobradas de ser dignos del re-  
nombre universal que gozaban.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

## AVENTURAS del Emperador de Alemania

Un berlinés que ha seguido como aflo-  
nado las últimas maniobras del Ejército  
alemán, refiere la historietta siguiente  
de un diario prusiano:

El 7.<sup>o</sup> cuerpo vivaqueaba entre Oyn-  
hausen y Bergkirchen.

A la entrada de la segunda de dichas  
poblaciones, que está situada sobre una  
eminencia, hay una tienda de comesti-  
bles, desde cuyos miradores se domina  
toda la zona.

El día de maniobras, entre tres ó  
cuatro de la madrugada, los dueños de  
la tienda y de la casa á que nos referi-  
mos vieron turbado su sueño por un re-  
piqueo infernal de la campanilla, el  
cual alternaba con bruscos golpes da-  
dos á la puerta de la calle.

Levantóse el tendero maldiciendo del  
importante que así llamaba, y preguntó  
desde el interior.

—¿Qué quiere usted á estas horas?

—Permitame V., entrar—repuso una  
voz entre cortés é impetuosa: vá á ma-  
nibrar el séptimo cuerpo de ejército y  
desearia contemplar el espectáculo del  
de el mirador de la casa.

La respuesta del comendante fué tan  
seca como rápida.

Al propio tiempo se acostaba á una  
de las ventanas su mujer, la cual co-  
menzó desde allí toda clase de denun-  
cias al adivisante.

Los westfalianos no pasan en Alema-  
nia por muy corteses.

El matrimonio de Bergkirchen conta-  
vo dignamente la fama de sus compa-  
triotas.

Pero el que tan inoportunamente ha-  
bía interrumpido el sueño de los pacífi-  
cos tenderos no se dio por vencido, sino  
que volvió á pedir que le abriesen, em-  
pleando esta vez un tono de mando que  
hizo vacilar al dueño de la casa.

—Será algún oficial del séptimo cuer-  
po, se dijo.

Y apareciendo en el umbral, don la  
puerta entreabierta, preguntó tímidamente:

—¿Quién es V.?

—Guillermo.

—Eso no es contestar. Hay infinitud  
de Guillermo en Westfalia.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 318

LA PRINCESA DE LOS URANOS 319

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 322

—Pero ante todo, señora, dijo aturrido Mr. de la  
Chaumiere, porque no sabía adonde iba á parar  
Asucena: ¿os habeis hecho daño?

—No; pasó ya: os agradezco vuestro cuidado por  
mí, y me alegro de la ocasión que me habeis pro-  
curado, siguiéndome, de suplicaros que si algo veis  
en mí que os llame gravemente la atención, seais  
mas prudente.

—No sé cómo interpretar, señora, vuestra última  
palabra.

Asucena miró á derecha é izquierda para ver si  
había alguien en la galería: estaba desierta.

—Mr. de la Chaumiere, le dijo: yo necesito los  
servicios de un hombre inteligente y leal: desde que  
os vi, porque me hizo reparar en vos la insistencia  
de vuestra mirada, me pareció que podía disponer  
de vos de una manera completa.

—¡Ah, señora! no sé cómo explicaros el placer  
que me causa el que vos hayais pensado en mí para  
utilizarme de cualquier modo: ¿sabeis quién soy yo,  
señora?

—Sí; pero adiós: ved de qué manera entráis esta  
noche en el patinillo adonde dan las rejas del piso  
bajo del cuarto de la princesa; á ese patio dan tam-  
bien las rejas del mio; estad allí á las doce.

—¿Y qué puedo esperar, señora?

—Esperad cuanto queráis esperar: sois dueño de  
esperar mucho y de estar esperando eternamente:  
no falseis, Mr. de la Chaumiere.

Y Asucena escapó tan ligera como si no hubiera  
torcido un plé, y se metió en su cuarto.

IV

Mr. de la Chaumiere se quedó inmóvil, anonadado  
de una aventura que no sabía si debía explicársela  
favorable ó adversamente.

—¿Tendrá alguna historia entre manos? ¿habrá  
comprendido que me domina y querrá valerse de  
mí? dijo Mr. de la Chaumiere: esa mujer es impene-  
trable: bien, luchemos; peor que estoy no he de es-  
tario, y mas vale salir de dudas que padecer con la  
ansiedad de una esperanza cuyo óbolo no se vé  
claro.

Y Mr. de la Chaumiere se volvió, salió de la gale-  
ría, entró en la antecámara de la reina, y dijo á la  
princesa de Tilly:

—Se la ha torcido un plé, y por consecuencia de  
esto....

—¿Estábais cerca, al sostenerla la habeis abra-  
zado y no habeis sido rechazado?

—¡Oh, princesa! nada de eso; pero dentro de ocho

su alteza no haya venido á buscarme don Juan:  
porque si fuera verdad lo de la herida, no estaría  
tan tranquila su alteza.

—Ya sabes, pues has vivido mucho tiempo en  
palacio, que no hay que fiar mucho en las caras  
palaciegas: cabalmente á causa de don Juan de San-  
tivanhes, y por no estar éste en Madrid, necesito de  
todo punto entrar esta noche en el patinillo adonde  
dan las rejas bajas del cuarto de la princesa.

—Esto acabará por traerme un serio disgusto: yo  
no soy conserje de la planta baja del alcázar para  
exponerme á cada paso á que el alcalde se aperceba  
de algo y me pongan en la calle, ó lo que es peor,  
en algún sitio oscuro: su alteza tiene cosas que á la  
verdad, no gustarian mucho á su majestad si las  
supiera; en palacio se sabe todo, y francamente, se-  
ñor Prevoux de la Chaumiere, tengo miedo de que  
estos descubrimientos me salgan caros.

—Me habia olvidado de que contigo valen mu-  
cho mas los hechos que las palabras, dijo Mr. de la  
Chaumiere, sacando de un largo bolsillo verde dos  
dobloones de á ocho y poniéndolos sobre la mesa.

—Es el caso, dijo el conserje, que no sé por don-  
de anda la llave de la puerta del patinillo; cómo que  
el tal patinillo, desde que su alteza se fué á Francia  
no sirve para nada.